

término negativo se compone de muchas palabras, tendríamos que valernos de un giro para expresar ese término; para expresar no-blanco diríamos, todos los colores menos el blanco; para expresar no-nueve, todos los números excepto el nueve; para expresar no-Pedro, todos los hombres quitando á Pedro.

§ 12.—La formación del término negativo, por medio de prefijos, puede inducir á error; pues muchas veces el término formado así, corresponde á otro contraste; por ejemplo, diferente é indiferente; el primero es el término positivo de un contraste, cuyo término negativo sería igual; mientras que indiferente expresa aquel estado del ánimo en que no nos inclinamos á obrar en un sentido ni en el opuesto, como cuando decimos, me es indiferente salir ó quedarme en casa. El derivado inmemorial, no es término negativo de un contraste cuyo positivo fuera memorial, pues este es un nombre sustantivo, que significa un escrito en que se solicita algo, alegando los motivos conducentes; mientras que inmemorial es un adjetivo que se aplica á las cosas y á los sucesos que son tan antiguos, que no hay memoria de cuando comenzaron ó acaecieron; las palabras dolencia é indolencia ofrecen un ejemplo análogo, pues dolencia significa un sufrimiento ó un padecimiento, mientras que indolencia significa flojedad, ó pereza, ó insensibilidad á los objetos que por lo regular mueven á otras personas; lo mismo puede decirse de disposición é indisposición que corresponden á contrastes diferentes; y por último, en palabras semejantes, el derivado se forma á veces de una palabra latina, sin que esa misma palabra pasara al castellano, como sucede con la palabra injuria, derivada del prefijo negativo latino *in*, y del sustantivo latino *ius juris*. A veces una misma raíz latina, precedida de prefijos latinos de significación contraria, ha servido para formar términos opuestos, como inhumar y exhumar, derivados del sustantivo latino *humus*, tierra, y de las preposiciones latinas de lugar: *in*, que significa en ó dentro, y, *ex*, que significa fuera. Lo mismo sucede con inmigrar y emigrar, derivados del verbo latino *migrare*, pasar, trasladarse, y de las preposiciones latinas *in*, hacia dentro, y, *ex*, hacia fuera, cuya *x* se ha eludido por eufonía.

En la formación de palabras negativas, por medio de prefijos, sucede frecuentemente que la palabra derivada, aun co-

respondiendo al mismo contraste, sólo lo exprese parcialmente, como sucede con las palabras cierto é incierto, en que el término positivo expresa la certeza ó la seguridad que tenemos de la verdad ó falsedad de una cosa: mientras que el negativo expresa simplemente la duda, pero no la creencia contraria; el contraste entre las palabras móvil é inmóvil es equívoco, pues móvil expresa la capacidad del movimiento cuando se emplea como adjetivo, empleado como sustantivo significa un motor, en este sentido usaban los escolásticos la palabra cuando llamaban á Dios el primer móvil; inmóvil es siempre adjetivo, comúnmente significa lo que de hecho no se mueve, aunque también puede significar lo que carece de la capacidad de moverse; de un cuerpo en reposo se puede decir que está inmóvil, pero de un cuerpo en movimiento no se puede decir que está móvil, y podría decirse de un cuerpo en reposo que es móvil, si habiendo estado incapacitado para el movimiento, dejara de estarlo.

CAPITULO IV.

X SOBRE LA SIGNIFICACION DE LAS PALABRAS.

§ 1.—El lenguaje sería perfecto, ya como instrumento intelectual, ya como medio de comunicación, si tuviésemos siempre todas aquellas palabras que son necesarias para expresar, ora los hechos nuevos, ora las nuevas relaciones de hechos. Pero ni ha sucedido así en el pasado, ni así sucede en la actualidad. En un momento cualquiera del desenvolvimiento intelectual del hombre, existe un número determinado de palabras, mientras que los objetos por nombrar aumentan con el transcurso del tiempo.

De aquí surgen las imperfecciones del lenguaje, el hombre tropieza con objetos nuevos, ó que juzga tales, descubre ó cree descubrir semejanzas nuevas entre los objetos, las artes inventan nuevos instrumentos, y producen nuevos artefactos, y de todo esto dimana la urgente necesidad de ensanchar el vocabulario.

La necesidad de nombrar es imperiosa, urgente, reclama una satisfacción inmediata, como que la palabra es el medio

que por excelencia nos sirve para comunicar á los demás las impresiones que los objetos nos causan; apenas se nos presenta un objeto nuevo cuando sentimos el prurito de hablar de él, cuando se presenta un desconocido, ignorando su nombre propio, se le aplica un calificativo cualquiera, tomado á su modo de vestir, á su estatura ó á su fisonomía; cuando en el siglo XVI los exploradores españoles descubrían en la vasta América comarcas nuevas, creían reconocer semejanzas entre ellas y las provincias de que procedían, ó algún otro país que conocieran, y las denominaban Nueva Granada, Nueva Andalucía, Nueva Vizcaya, Nuevo León, Nuevo Santander.

No existiendo, pues, una palabra ya formada cuando se quiere nombrar una cosa nueva, y siéndole urgente la necesidad de dar un nombre á las cosas que no lo tienen, se recurre á las palabras antiguas, aplicándolas, ya á la letra, ya con ligeras modificaciones, y fundándose en la semejanza real ó supuesta que existe entre el mismo objeto y aquellos otros á quienes la palabra se ha aplicado.

De esta frecuentísima manera de extender las palabras antiguas á objetos nuevos, resultan en lo relativo á la significación de las palabras, los siguientes hechos, algunos de los cuales son verdaderas imperfecciones del lenguaje: primero, un mismo objeto suele ser designado por dos ó más palabras; segundo, una sola palabra se aplica á muy diferentes objetos; tercero, con el transcurso del tiempo las palabras tienden á variar de significación.

§ 2. — Con el nombre genérico de sinonimia se designa el hecho de que muy distintas palabras se apliquen á una misma cosa, y las palabras que tienen tal propiedad se llaman sinónimas, debemos hacer sobre ellos las siguientes reflexiones. Los sinónimos pueden ser simplemente denotativos ó connotativos.

Las ciencias descriptivas y algunas ciencias abstractas, como la química, que se ocupa de describir numerosos y variados cuerpos, ofrecieron antes que se uniformara el sistema de nombres que deben usarse, ó antes que reinara el acuerdo sobre el nombre que debía prevalecer, numerosos ejemplos de sinónimos aplicados con verdadera prodigalidad: Vamos á citar algunos. +

Al explorar el continente americano, se tomaban á veces, por ríos diferentes, porciones de un mismo río, reconocidas y

examinadas por diferentes exploradores; el río de las Amazonas en la América del sur, y el Mississippi en la del Norte, ofrecieron ejemplos de ello.

De la diversidad de nombres aplicados á un mismo sitio resultaba la confusión que era consiguiente. + Uno de los mayores servicios que el barón de Humboldt prestó á la ciencia geográfica, fué haber desembrollado esta maraña, reconociendo la unidad de las cosas á través de la diversidad de nombres.

En química, antes que Lavoisier estableciera las bases de la nomenclatura reinaba la mayor confusión en los nombres de los cuerpos, muchos de estos nombres provenían de semejanzas fantásticas reconocidas entre el objeto nombrado y otros; algunos de esos nombres eran verdaderas metáforas, y otros expresaban las opiniones que sus autores tenían sobre la procedencia, ó sobre el modo de formación del cuerpo.

El oxígeno, antes de recibir este nombre sencillísimo, fué denominado aire vital, aire deflogisticado; el proto-cloruro de mercurio, había sido llamado dragón mitigado, porque se derivaba del bicloruro de mercurio, que por su acción tóxica se comparaba á un dragón, quitándole un equivalente de cloro, y como el proto-cloruro no es venenoso se le calificaba de mitigado; el nombre valía pues, tanto como dragón amansado, ó fiera domesticada; el mismo cuerpo era llamado *aguila alba*, lo primero, por su volatilidad que le hacía comparar á un águila; lo segundo, por su color blanco; también se le llamó *calomel*, nombre que significa hermoso negro, y es fama que así quiso perpetuar un químico, el recuerdo de un criado de raza negra que trabajaba en su laboratorio.

Todavía á principios de este siglo, las enfermedades eran designadas por los nombres más extravagantes; la epilepsia, por ejemplo, se llamaba mal caduco, mal de San Juan, mal de la tierra, gran mal, alto mal, morbus divinus, morbus sacrus, morbus major, morbus herculeus, morbus lunaticus; y la fiebre tifoidea era designada, nada menos que por la siguiente lista de nombres: frenitis (griegos y latinos), fiebre pestilente, fiebre maligna, fiebre pútrida, fiebre biliosa, mucosa ó grave (la mayor parte de los autores), fiebre lenta nerviosa, (Willis y Huxham), fiebre adinámica y atáxica (Pinel), fiebre entero-mesentérica (Petit y Serres), dotiententeria (Breto-

neau), gastroenteritis (Broussais), enteritis folliculosa (Cruveilhier), enterommesenteritis tifoidea (Bouillaud), fiebre tifoidea (Louis, Chomel, Andral.)

Los sinónimos, cuando son connotativos, es decir, cuando son nombres generales concretos, ó palabras abstractas, expresan matices á veces casi imperceptibles de significación, por lo cual pocas veces pueden ser substituidos con propiedad los unos á los otros; por ejemplo, las palabras quieto y tranquilo, concuerdan casi exactamente en lo que niegan, pues ambos excluyen el movimiento, el ruido, la agitación; pero no siempre concuerdan en lo que implican: pues tranquilo se aplica de preferencia á los estados del ánimo, y quieto á los del cuerpo; se puede decir tengo mi conciencia tranquila, pero no se diría con propiedad tengo mi conciencia quieta; á un niño travieso se le dice estate quieto y no se le diría con propiedad estate tranquilo.

Tratándose de asuntos morales son muy frecuentes los sinónimos, y lo repetimos que muchas veces hay entre ellos mínimas diferencias de significación, que impiden una sinonimia perfecta, tal sucede por ejemplo con las palabras odio y encono, el primero se dirige tanto á las personas como á las cosas, mientras que el encono sólo se dirige á las personas.

De más inconvenientes que la sinonimia, y constituyendo una imperfección mayor del lenguaje, pues aquélla sólo lo es cuando se trata de la sinonimia denotativa, pues la connotativa, si bien se echa de ver, más bien es buena cualidad del lenguaje, indicio de su riqueza, es la circunstancia que consiste en que una misma palabra tenga diversas acepciones, ó significaciones, pues esto da lugar á la ambigüedad de ellas.

§ 3.—Las palabras de más de una significación se llaman equívocas, por oposición á las palabras de una sola significación, que, diga lo que quiera el diccionario de la lengua castellana, son las que deben llamarse unívocas. Estas últimas son poco numerosas, como ejemplos de ellas tenemos los nombres de muchas monedas, como centavo, peseta; los de muchas armas como sable, espada, fusil, pistola; los de sustancias usadas en la industria como ácido sulfúrico, hierro, acero, potasa, sosa; los de muchos utensilios y aparatos, como anzuelo, arado, telar, ferrocarril, telégrafo, teléfono; los de materias explosivas como pólvora, dinamita; los nombres de los cuer-

equívocas
y
sinónimos
cos
una
signif
una

equívocas
sinónimos

pos simples y los de los compuestos conforme á la nomenclatura de Lavoisier.

Más numerosas son las palabras ambiguas ó equívocas, que son las que tienen más de un significado; se encuentran sobre todo, entre las palabras abstractas: claridad, por ejemplo, en el orden físico, se aplica á lo que está iluminado, en el orden intelectual á las ideas fácilmente inteligibles; lo mismo pasa con la palabra oscuridad, tratándose de un escritor significa que sus ideas no se comprenden fácilmente, tratándose de un lugar significa la ausencia de luz. La palabra libertad, tratándose de los cuerpos, significa que no están en combinación, tratándose de las acciones significa que se han ejecutado sin coacción ó violencia que obligue á ello, tratándose de organización social indica lo opuesto á esclavitud, en el orden civil, significa no estar encarcelado, en el orden político gozar de ciertos derechos ó poder ejecutar ciertos actos.

Las palabras equívocas nos exponen á malos raciocinios, cuando en una parte de la operación se usan en cierto sentido, y en otras se usan en sentido diferente. Compréndese que el medio de evitar estos peligros es fijar de un modo preciso la significación que se dé á la palabra. Una de las mejores maneras de desvanecer la ambigüedad de las palabras es indicar la palabra opuesta. Así, por ejemplo, moral, cuando se trata de la organización y funciones del hombre, se opone á lo físico, ó á lo corporal; cuando se trata de pruebas, las pruebas morales consisten en las presunciones fundadas en el conocimiento que se tiene de la persona á quien se imputa un hecho, y se oponen á las pruebas físicas, ó pruebas de hecho, que consisten en las huellas materiales que de la consumación de un hecho quedan en su autor; moral, cuando se trata de filosofía significa lo que pertenece al hombre, en oposición con lo que no es el hombre; cuando se trata de las acciones, moral significa lo que, por estar conforme á la Etica, se opone á inmoral.

§ 4.—La incesante necesidad de denominar, no sólo da nacimiento á la sinonimia, al múltiple significado de las palabras, sino que es también causa de que éstas cambien de significación ó caigan en desuso.

Insistamos de nuevo sobre esa necesidad de nombrar y sus efectos, que nos explica también todas las transformaciones

de lenguaje; preséntanse frente á un hombre objetos nuevos, ó que él por nuevos tiene, y no existiendo una voz preparada de antemano para apellidarlos, les aplica una de las palabras ya existentes, y si esta aplicación se acepta, la palabra tendrá más de un significado, y, de unívoca que era, llega á ser equívoca.

Dijimos poco ha que los nombres dados á los fenómenos del espíritu eran á menudo ambiguos ó equívocos, lo cual se explica bien si se tiene presente la circunstancia á que aludimos. El hombre denominó primero los objetos materiales, que más directamente se ofrecían á su contemplación; cuando más tarde, llegó á aquel grado de cultura, en que debía fijarse en lo que pasaba en su propio ánimo, empleó para designar los estados del alma, nombres que antes empleaba en cosas materiales, y que por ciertas semejanzas, que creyó reconocer entre ellas y los fenómenos morales, aplicó á estos últimos.

La palabra alma, por ejemplo, derivada de la voz latina *animus* y del griego *neuma*, significa un hálito ó aliento sutil, pues se creyó que el aire expirado en el momento de morir, era precisamente el principio espiritual, que, durante la vida había animado el cuerpo.

Las palabras, aplicadas metafóricamente á designar ó á calificar estados del espíritu significaron al principio cosas materiales, cuando hablamos de la luz de la inteligencia, de la antorcha de la razón, es por la evidente analogía que encontramos entre los efectos de la luz en el mundo físico y los de la razón en el orden intelectual; lo mismo sucede cuando hablamos del fuego de las pasiones, del ardor de la juventud, de la fermentación de los ánimos, ó cuando calificamos de nebulosa una conciencia poco ilustrada.

Pues bien este procesus filológico no sólo produce la ambigüedad de las palabras, sino que cuando la nueva acepción prevalece, haciendo caer en desuso la primitiva, observamos el fenómeno curioso del cambio de significación de las palabras.

Dugald-Stewart y Mill han observado y formulado las leyes de este fenómeno, que vamos á exponer, conforme á sus doctrinas.

§ 5.—En este cambio de significación se notan dos tendencias

generales: en la primera las palabras tienden á generalizarse, en la segunda tienden á especializarse. La palabra sal se aplicaba primitivamente á la sal marina ó cloruro de sodio, hoy se aplica á todos los compuestos que resultan de la combinación de un ácido con una base; la palabra alcohol de origen árabe, fué primitivamente el nombre del producto que se obtiene destilando el vino, hoy es el nombre de una familia numerosa de compuestos orgánicos.

En la segunda tendencia, palabras de una acepción general, se reducen en su extensión para especializarse, aplicándose á una clase menos numerosa. La palabra presbítero, designaba en los primeros siglos del cristianismo á los ancianos, pues se deriva del griego *presbíteros*; hoy se aplica á los individuos que han recibido el orden sacerdotal. La palabra señor aplicada hoy como título de respeto, se deriva de la latina *senior* aplicada á los más ancianos. La palabra domingo, nombre del primer día de la semana, se deriva de la latina *dominicus*, adjetivo que significaba todo lo que se refería al Señor.

Entre los procedimientos que traen el cambio de significación de las palabras, merece mencionarse el llamado aplicación transitiva, y que simbólicamente se puede expresar así: si a tiene una cualidad común con b, si b la tiene con c, c con d, y d con e, el nombre de a puede trasladarse hasta e. La palabra caballero denotaba en la edad media al individuo que había sido armado caballero, provenía de que los caballeros ejecutaban á caballo sus hazañas como los caballeros, por razón de su institución, debían socorrer á los débiles, decir siempre la verdad, y obrar siempre lealmente, dicha palabra se aplica hoy, que ya no existen órdenes de caballería, á los individuos que abrigan tan nobles sentimientos. La palabra candidato derivada del latín *candidus*, blanco, se aplicaba en la edad media al individuo que iba á ser armado caballero, en razón á que se cubría con una vestidura blanca, que denotaba que no había cometido en su vida acción que pudiera mancharle. Hoy se aplica á todo el que aspira á un puesto honorífico, ó á desempeñar algún cargo público, principalmente los de elección popular. La palabra cadalso, significó hasta el siglo XVII untablado, que se alzaba para ver bien algún espectáculo; después se aplicó exclusiva-

mente al tablado á que se hacía subir al reo para hacerle sufrir la última pena.

CAPITULO V.

DE LA DEFINICION.

Según Mill, tiene por objeto determinar la connotación de las palabras generales. Quedan por lo tanto implícitamente eliminadas de la definición las palabras individuales, los nombres propios, que nada connotan y cuyo oficio es puramente denotar.

En la definición hay realmente dos operaciones distintas, una de ellas esencialmente lógica, consiste en reconocer y determinar los atributos generales de una clase; la otra, que constituye la definición propiamente dicha, tal como la han entendido todos los lógicos, excepto Bain, se propone expresar tales caracteres por medio de una fórmula verbal correcta.

La primera de estas operaciones pertenece á la generalización, y con las demás operaciones lógicas la estudiaremos en la Nociotenia; sólo diremos aquí acerca de ella, lo que sin requerir indispensablemente conocimientos sobre generalización, sea necesaria para exponer completamente la doctrina de la definición.

Los escolásticos habían distinguido dos clases de definiciones, que coinciden bastante bien con las dos partes de la operación á que nos referimos, estas clases son las definiciones de las cosas, y las definiciones de las palabras. Las primeras tienen por objeto darnos á conocer la esencia de las cosas, las segundas nos dan á conocer el significado de las palabras.

Hoy la sana filosofía admite que no podemos conocer la esencia de las cosas, si por tal se entiende aquello que en ellas no sea fenomenal y relativo, y que la única acepción positiva que puede darse á la palabra esencia, es hacerla consistir en los atributos irreductibles que son comunes á una clase, los cuales se llaman por esto mismo atributos esenciales.

Entendida pues así la palabra esencia, la definición de las

cosas sería la que nos diera á conocer los atributos esenciales de una clase. Pero es evidente que este conocimiento no nos es sugerido por una especie de virtud mágica contenida en la fórmula verbal, llamada definición, sino por la comparación de los objetos que forman la clase, es decir, por un trabajo de generalización.

Por ejemplo, la clase de los mamíferos, si la definimos diciendo: son animales vivíparos, de circulación doble y completa, que tienen sobre la piel apéndices pelosos; esta definición abarca dos operaciones: primera, una de observación laboriosa y lenta, que ha consistido en comparar los muchos y variados individuos comprendidos en el grupo de los mamíferos, para reconocer sus caracteres esenciales; segunda, la composición de una fórmula verbal, semejante á la propuesta aquí, y que de un modo breve y claro exponga esos caracteres.

Se comprende fácilmente, que de las dos operaciones la más importante y la más difícil, fué la primera; se trataba, en efecto, para poder llevarla á cabo, de hacer el estudio cuidadoso de todos los mamíferos que existen sobre la tierra, tanto de los que viven sobre el suelo, como de los que viven en el agua, y de aquellos que, como los quirópteros están organizados para volar. Para ponderar tal trabajo basta hacer notar que sólo pudo completarse á principio del siglo pasado, merced á naturalistas tan ilustres como Cuvier, Lamark, Saint Hilaire y de Blainville.

La definición del triángulo nos presentaría, según los escolásticos, un ejemplo de definiciones de las palabras. Se trataría en este caso de una creación del espíritu humano, á la que este pondría un nombre, y la definición no haría otra cosa que desenvolver los elementos de la creación que la mente llevó á cabo.

Conforme á la teoría del conocimiento expuesta en la Nociología, hemos negado al espíritu la facultad de crear, por sí solo, nociones; por tanto, la concepción del triángulo no es más que una agrupación de nociones obtenidas, como todas las demás, por generalización de la experiencia. Pero en este caso se ha tratado de nociones simples, muy fáciles de adquirir, de concebir y de representar en la imaginación, debiéndose á esta facilidad que el espíritu las tome por creaciones suyas.